

EL TEMA DEL ABENCERRAJE EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

A mediados del XVI circulaban por España diversas versiones de una novelita en la que se nos cuentan los amores del gallardo Abindarráez y la hermosa Jarifa. De estas versiones se ha perdido una y se conservan tres. La perdida llevaba el título de *El moro Abindarráez y la bella Jarifa* y fué impresa en Toledo por Miguel Ferrer, en 1562, según nos dice Gallardo en su *Ensayo*¹, y un año antes, si preferimos el testimonio de Gayangos². De las tres versiones que hoy tenemos, una, incompleta en el ejemplar que la conserva, se imprimió con el título de *Parte de la corónica del inclito infante don Fernando, que ganó Antequera, en la cual se trata cómo se casaron a hurto el Abendaraxe Abindarráez con la linda Xarifa, hija del alcaide de Coin, y de la gentileza y liberalidad que con ellos usó el noble caballero Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera y Álora, y ellos con él*³. Aunque no lleva fecha ni lugar de impresión, el estar dedicada al prócer aragonés Jerónimo Jiménez Dembún, Señor de Bárboles y Huituras, y el aludirse en la dedicatoria a su descendencia, llevó a Mérimée a conjeturar

¹ T. I, col. 357.

² B. A. E., t. XL, pág. LXXVII.

³ Publicada con el título de *Une édition mal connue et incomplète de l' Histoire de l' Abencerraje* en *Bulletin Hispanique*, 1923, págs. 172-173, con reproducción fototípica fuera de texto.

que hubo de ser escrita entre 1550 y 1560, ya que este caballero casó en el año de 1548 o poco después⁴. Otra versión es la intercalada en la *Diana* de Montemayor a partir de la edición de Valladolid, 1562, en la que no interviene el autor, muerto un año antes⁵. La tercera es la del *Inventario* de Antonio de Villegas, impreso en Medina del Campo, 1565, pero que ya estaba terminado en 1551, en que el autor pide el privilegio⁶. El que Villegas no acuse de plagio a los editores de Montemayor demuestra que consideraba la novelita como un bien común, del que todos tenían el mismo derecho para apoderarse⁷.

Dejando a un lado lo impreso en Toledo por Miguel Ferrer, que, como hemos dicho, no conocemos, es evidente que ninguna de las tres versiones conservadas es la original. La peor escrita es la titulada *Parte de la corónica*, cuyo redactor tiene un estilo pobre y confuso, en el que abundan los aragonesismos⁸, aunque se esfuerza por escribir en buen castellano. La de los editores de Montemayor refleja el deseo de adaptar el estilo de la novelita al de la obra en que se intercala, por lo que abunda en ampliificaciones que sólo sirven para quitarle gracia y frescura. La de Villegas es mucho más limpia, elegante y ceñida que las otras dos⁹. Por todo ello es la que servirá de base a nuestro estudio.

Sobre la relación que hay entre las tres, Menéndez y Pelayo,

⁴ H. MÉRIMÉE, *El Abencerraje d'après l'Inventario et la Diana*, en *Bulletin Hispanique*, 1919, págs. 143-166.

⁵ H. MÉRIMÉE, *Art. cit.* Puede leerse también en la ed. de la *Diana* de F. López Estrada en la colección *Clásicos castellanos*.

⁶ H. MÉRIMÉE, *Art. cit.* C. PÉREZ PASTOR ha reproducido la versión del *Inventario*, de su 2.^a ed., de 1577, en *La imprenta en Medina del Campo*, Madrid, 1895, págs. 209-218. Existe un facsímil del Abindarráez según la 1.^a ed. de Villegas, con falsa portada y sin paginación, por el cual citamos.

⁷ V. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Obras completas*, ed. del C.S.I.C., tomo XIV, página 130, t. XXIII, págs. 158-159, y t. XXXIII, pág. 215.

⁸ V. H. MÉRIMÉE, *El Abencerraje d'après diverses versions publiées aux XVI^e. siècle*, en *Bulletin Hispanique*, 1928, págs. 147-181.

⁹ V. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ob. cit.*, t. XIV, págs. 128-130, t. XXIII, páginas 157-159, y t. XXXIII, págs. 213-215.

que sólo conocía la *Parte de la corónica* por referencias, creía que ésta era la versión más antigua, que Villegas se limitaría a retocar y modernizar, para ser servilmente seguido por los editores de Montemayor, que conocerían el texto de Villegas, listo para la imprenta desde 1551, por alguna copia manuscrita¹⁰; Henri Mérimée, en un primer estudio sobre ambos textos, de 1919, dice, por el contrario, que las dos proceden independientemente de la *Parte de la corónica*, aún entonces inédita en la Biblioteca del Duque de Medinaceli¹¹. Cuando ésta se publica H. A. Deferrari lanza la tesis de que Villegas sigue la *Parte de la corónica* y los editores de Montemayor unas veces a ésta y otras a aquél, sin que logre explicar satisfactoriamente por qué éstos prescinden de un episodio de la versión que nos da Villegas¹². Hasta que en 1928 el investigador francés volvió sobre el tema y demostró en un segundo artículo que la *Parte de la corónica* no pudo escribirse antes de 1550, que esta versión, lejos de inspirar la del *Inventario*, está basada en un texto distinto del que sigue Villegas, y que los editores de la *Diana* conocían, no las otras dos redacciones que nos han llegado, sino las dos versiones en que éstas se inspiran, ya que lo mismo toman pormenores de una que de otra; estas dos versiones, que hemos perdido, suponen un texto primitivo común, que reproducirían con leves variantes¹³. M. Bataillon, por el contrario, se inclina a creer que el texto de Villegas es el original, ya que la mención que en él se hace de Troco no fué comprendida por el autor de la *Parte de la corónica* y su estilo es tan ágil y fresco que difícilmente puede admitirse que se trata de un *rifacimento*¹⁴. Posteriormente se ha publicado un estudio de

¹⁰ V. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ob. cit.*, t. XIV, pág. 130, t. XXIII, pág. 158, y t. XXXIII, pág. 215.

¹¹ V. H. MERIMÉE, *Art. cit.* en la nota 4.

¹² H. A. DEFERRARI, *The sentimental Moor in Spanish Literature before 1600*, Filadelfia, 1927.

¹³ V. H. MERIMÉE, *Art. cit.* en la nota 8.

¹⁴ M. BATAILLON, *Salmacis et Trocho dans l'Abencerraje en el Hommage a Ernest Martinenche*, París, s. a., págs. 355-363.

F. López Estrada sobre la *Ausencia y soledad de amor*, narración pastoril que también está en el *Inventario*, en el que tal tesis se refuerza, ya que por un lado se nos dice que la frase de Villegas *Andava todas sus estaciones y en todas ellas ballava representación de mi fatiga* fué estropeada por el autor de la *Parte de la corónica*, que no comprendió la alusión religiosa que encierra, y por otro lado se aportan argumentos a favor de la hipótesis de que el autor de la *Ausencia y soledad de amor*, es decir, Villegas, lo sea también del *Abecerraje*: ambas obritas son relatos de amor con raíces platónicas, en ambas abundan mucho las citas clásicas, hay ecos de las novelas sentimentales, se usa la misma adjetivación, se habla mucho de la Fortuna, hay cantares inspirados por el amor y aparecen los motivos de la soledad, la ausencia, la esperanza, el vencimiento y la separación.¹⁵ A lo que habría que agregar otras correspondencias que, en un trabajo más reciente, descubre Bataillon entre las dos obritas y entre éstas y las poesías del mismo Villegas¹⁶. Yo creo, sin embargo, que el anacronismo de suponer que el Rodrigo de Narváez, alcaide de Álora, era un servidor del infante don Fernando, que tomó Antequera en 1410 y que fué elegido dos años más tarde Rey de Aragón, prueba que la historia del Abencerraje tuvo varias versiones, todas posteriores a 1484, en que Álora fué tomada por los cristianos, y en una de las cuales se introduce el error de atribuir al conquistador de Antequera la toma de Álora, lo que lleva a finales del siglo XIV el degüello de los Abencerrajes, del que Abindarráez aparece como único superviviente. El origen de este anacronismo no fué, como creyó Mérimée, el deseo de relacionar la novelita con Aragón, donde se naturalizó, siguiendo a don Fernando, el Rodrigo de Narváez que aquí se menciona¹⁷, sino la existencia

¹⁵ F. LÓPEZ ESTRADA, *Estudio de la narración pastoril «Ausencia y soledad de amor», del «Inventario» de Villegas*, en el *Boletín de la Real Academia Española*, 1949, páginas 99-133.

¹⁶ M. BATAILLON, *¿Melancolía renacentista o melancolía judía? Sobre tiro de Estudios Hispánicos: Homenaje a A. M. Huntington*, Wellesley, Mass., 1952, págs. 40-41.

¹⁷ V. H. MERIMÉE, *Art. cit.* en la nota 8.

de dos caballeros del mismo nombre, el uno, nieto del otro, alcaide de Bailén en la época de los Reyes Católicos¹⁸, del que al principio se contaría lo que más adelante iba a atribuirse anacrónicamente a su abuelo.

¿Hasta qué punto es verosímil el moro a quien el cristiano pone en libertad para que vea a Jarifa, mediante promesa de volver a su poder al cabo de tres días? Mucho se ha escrito para demostrar que los moros de los romances y las novelas son un fiel reflejo de la realidad granadina del XV¹⁹. Admitamos que por influjo nuestro hubieran adoptado las formas del amor cortés y la galantería cultivadas entre los cristianos, y que las doncellas granadinas, con frecuencia hijas de castellanas, gozaran de mayor libertad que las de aquellos países musulmanes adonde no llegaba nuestro influjo. Con todo esto, no es verosímil que el lenguaje de un moro estuviera salpicado de recuerdos clásicos, como el de un cortesano del Emperador, y que mencionara a Salmacis y a Troco, a Narciso y a Venus para relatar el dulce proceso de sus amores²⁰. Ni mucho menos que el galán y su dama se casaran por palabras de presente, lo que tuvo valor canónico entre los cristianos hasta el Concilio de Trento, en que fué prohibido, y para lo cual bastaba que los contrayentes se dieran las manos y se aceptaran por marido y mujer, como hacen aquí delante de la dueña²¹. Tampoco es

¹⁸ V. G. CIROT, *A propos de la Nouvelle de l'Abencerraje*, en *Bulletin Hispanique*, 1929, págs. 131-138.

¹⁹ V. sobre esto H. A. DEFERRARI, *Ob. cit.*

²⁰ *Miréla*, vencido de su hermosura, y parecióme a Salmacis y dixé entre mí: ¡Oh quién fuera Troco para parecer ante hermosa diosa!... Y dezíame yo a mí mismo y pesárame que alguno me lo oyera: ¡Si yo me anegasse ahora en esta fuente, donde veo a mi señora, cuánto más desculpado moriría yo que Narciso!... Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus, cuando salió al juicio de la manzana...

²¹ Señora mía, en pago de tanto bien como me avéis ofrescido, no tengo qué daros que no sea vuestro sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa. Y llamando a la dueña se desposaron. Y, siendo desposados, se acostaron en su cama... Es curioso que G. Cirot crea que es la dueña quien les desposa. V. su artículo *La maurophilie littéraire en Espagne au XVI^e. siècle. L'Histoire de l'Abencerraje*, en *Bulletin Hispanique*, 1938, págs. 281-296 y 432-447, pero, sobre todo, la pág. 292.

verosímil que un moro culpaba de sus adversidades a la Fortuna, tan celebrada en el Renacimiento²². Todo ello demuestra que el autor no conoce a los moros, a los que atribuye el mismo lenguaje y las mismas costumbres de los cristianos. De su historia sólo sabe por el romancero que hubo en Granada un famoso linaje, los Abencerrajes, *que eran*, son sus palabras, *flor de todo aquel reino*²³ y que fueron muertos por orden del Rey. Lo que de ellos nos dice es retórica amplificación del verso que recuerda. También tiene aire de romance morisco la descripción del traje y armas de Abindarráez²⁴. No creo que haya alusión a la poligamia, como cree Cirot²⁵, en la frase de Jarifa al decir a su esposo que, si ama a otra, ella la servirá²⁶. Frases que revelan una abnegación similar a ésta pueden hallarse en otras novelas donde no hay moros²⁷.

Pero no sólo éstos no tienen nada específicamente moruno, sino que, lo mismo que los cristianos, se hallan inmersos en esa atmósfera de idealidad que corre a través del arte renacentista y en la que la generosidad de Narváez, la lealtad del moro y la ternura de Jarifa brillan y se recortan luminosamente. Idealismo de raíz platónica que, aunque en las novelas moriscas sea menos visible que en las pastoriles, donde personajes, sucesos, lugares y tiempos están despojados de lo accidental, es lo que convierte a sus personajes en arquetipos y hace que el amor se vea como fuente de felicidad para los que bien quieren. El que los españoles del XVI no

²² He contado en el relato de Abindarráez siete alusiones a la Fortuna.

²³ Me refiero al romance *Paseábase el rey moro*, al que pertenecen los siguientes versos: *Mataste los Bencerrajes | que eran la flor de Granada*.

²⁴ Sobre la importancia de estas descripciones en los romances moriscos véase lo que dice R. MENENDEZ PIDAL, *Romancero hispánico*, Madrid, 1953, t. II, página 11.

²⁵ V. G. CIROT, *Art. cit.* en la nota 18, pág. 292, donde hace afirmaciones que luego atenúa en las págs. 442-443.

²⁶ *Y si sirves a otra dama dime quién es para que la sirva yo*.

²⁷ En la *Diana* de Montemayor dice Silvano al ponderar su afecto por su más afortunado rival Sireno: *Pues no era de tan baxos quilates mi fe que no siguiese a mi señora, no solo en quererla, sino en querer todo lo que ella quisiese*. (Fol. 5 r de la ed. príncipe.)

tuvieran empacho en idealizar a sus enemigos del siglo anterior, que, aun sometidos, lo seguían siendo, nace de nuestro respeto por la dignidad del hombre, cualquiera que sea su clase social, su color o su religión. Más que el deseo de demostrar la posibilidad de la convivencia entre los moros y los cristianos²⁸, yo veo aquí la tendencia renacentista a la idealización unida al convencimiento de que todos los hombres somos iguales y de que en todos cabe la virtud. La falta de morofobia en nuestra literatura de la Edad Media, donde aparecen moros muy simpáticos²⁹, facilita el desarrollo de lo que se ha llamado la morofilia del XVI³⁰.

Razón tuvo Mérimée al tachar de convencionales a los personajes del *Abindarráez*³¹, cuyo autor se propuso antes deleitarnos con la amenidad y gracia del relato que con el verismo de los caracteres. Por el contrario, la delicadeza con que nos cuenta cómo nace el amor en los protagonistas y cómo aflora a la superficie de sus almas demuestra su interés por los sentimientos, que aquí no tienen el carácter aborrecido de las novelas llamadas por antonomasia sentimentales ni el dulcemente melancólico de las pastoriles, sino el espontáneo y primaveral que cabría esperar en dos adolescentes que, habiendo empezado por creerse hermanos, se hallan, al darse cuenta de que no lo son, enamorados el uno del otro y apenas tardan en recoger el fruto a que ambos se creen con derecho. Amor que nos recuerda el de Dafnis y Cloe y el de Pablo y Virginia y que no tropieza con otros obstáculos que los que dan breve argumento a la novelita. La sencillez con que Abindarráez nos refiere su historia es, a pesar de sus recuerdos clásicos, considerable si la comparamos con los modelos que el autor podría tener

²⁸ Eso apunta Cirot en el art. cit. en la nota 18, pág. 296.

²⁹ Recuérdese al moro Abengalbón del *Poema del Cid* y el Saladino de los cuentos XXV y L de *El conde Lucanor*.

³⁰ Tal es título del art. de Cirot cit. en la nota 21. Sobre las raíces de la morofilia y su desarrollo en el siglo XV deben consultarse las págs. 11-12 del t. II de la obra de R. Menéndez Pidal cit. en la nota 24.

³¹ V. el art. cit. en la nota 8, pág. 169.

a mano. Cirot, que califica de *verdaderamente exquisita* la escena en la huerta de los jazmines, ha puesto de relieve el refinamiento de los diálogos entre los amantes, en los que abundan los delicados conceptos que eran tan del gusto de las damas y los galanes del XVI, en los que se pasa del tú, habitual entre los dos, al vos, que da al lenguaje más solemnidad, y en los que nos cautiva la inocencia de Jarifa cuando dice al moro: *¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?*³² Agreguemos nosotros que con ello contrasta el tono más sobrio de los diálogos entre éste y Narváez y el artificiosamente cortesano de las cartas que hay al final.

Mientras que el interés del lector moderno se polariza hacia lo psicológico, el del antiguo iba hacia lo singular de los sucesos que se nos refieren. Recordemos que la técnica de la novelita, cultivada hasta entonces sólo en Italia, exigía que lo que se nos contara nos sorprendiera por la novedad de los lances y lo inesperado de las situaciones, que cambiaban con rapidez. Efectivamente, el que un caballero cristiano cautivara a un moro que iba a desposarse, y, conmovido por sus suspiros, le libertara con la condición de volver al cabo de tres días para verle llegar luego con la dama y lograr, a sus ruegos, que el padre de ella les perdonara, era un hecho que por su singularidad merecía celebrarse. Lo que significa que si desde el ángulo sentimental son los amantes ejes de la obra, desde el novelístico más bien lo es el caballero que da lugar con su generosidad a que el moro se mostrara tan fiel y su dama tan tierna y rendida. Es por ello muy posible que los españoles del XVI se interesaran más, como cree Mérimée³³, por Rodrigo de Narváez que por los dos amantes. Lo que cuenta a éstos el viejo a quien encuentran camino de Álora, episodio que por estar sólo en el *Inventario* pudo muy bien ser interpolado por Villegas³⁴, sirve para

³² V. el art. cit. en la nota 18, págs. 281-284 y 441-442.

³³ V. el art. cit. en la nota 8, pág. 173.

³⁴ V. J. P. WICKERSHAM CRAWFORD, *Un episodio de «El Abencerraje» y una «novella» de Ser Giovanni*, en *Revista de Filología Española*, 1923, págs. 281-287 y la ob. cit. de H. A. Deferrari.

volver a traer a primer plano la hidalguía de Narváez, a la que no va en zaga la del moro. La exaltación de ella y del valor de estos dos personajes, que tan gallardamente combaten, es muy propia de finales del XV o de la primera mitad del XVI, en que muy buena parte de nuestra literatura toma un tinte heroico. Lo mismo hay que decir del noble orgullo que rezuma la frase, del comienzo de la novelita, *sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo, por serle tan natural y ordinario...*, de la que es como un eco lo que tan cortesantemente dice Narváez en su carta a Jarifa: *Y como a mí en esta tierra nunca se me ofresció empresa tan generosa ni tan digna de capitán español...*

En resumen, el tema del Abencerraje era muy a propósito para una novelita que nos deleitara con la novedad de un argumento desarrollado con rapidez y de líneas lo bastante simples para que al final no quedara suelto ningún cabo. Si en manos del anónimo que le dió la forma con que ha llegado hasta nuestros días se convierte en una obra maestra, ello se debe a la habilidad con que se apodera de nuestra atención al poner en escena a sus personajes, sin decirnos por ejemplo a dónde iba el moro tan galán y ufano hasta que él lo refiere a Narváez, cuya curiosidad refleja la nuestra, o conforme hace que aquél nos cuente la historia de su familia y de sus amores con un detenimiento que contrasta mucho con la rapidez de la acción al final. A esto se agrega lo bien que ha sabido fundir en su obra lo caballeresco, lo sentimental y lo cortesano, adaptando su estilo, ya a la vigorosa sobriedad que exige lo primero, ya a la delicadeza con que hay que expresar los diversos matices de lo segundo, ya al artificioso convencionalismo de lo tercero. Cualidades que brillan en la versión de Antonio de Villegas, a la que a falta de otra más pura hemos de atenernos.

La historia del Abencerraje alcanza extraordinaria popularidad en la segunda mitad del XVI. No sólo es leída en las cuatro versiones que conocemos, sino que sirve de asunto a varios romances³⁵

³⁵ Sobre estos romances puede consultarse a M. MENENDEZ Y PELAYO, *Ob. cit.*,

de los que hoy llamamos eruditos, que son los que han perdido el vigor y la lozanía de los populares sin haber aún adquirido los primores de estilo que caracterizan a los artísticos. El más extenso de los romances sobre Abindarráez es uno de Juan de Timoneda, que se publicó en su *Rosa española*, impresa en Valencia en 1573, y en un pliego suelto de los que por aquella época se vendían en los mercados de la Península. *Interminable y prosaico* lo llama Menéndez y Pelayo³⁶, juicio certero, ya que la manía de versificar llevó a Timoneda a poner toda la novela en octosílabos, cuya rima en *ía*, fácil y monótoma, le da a esta obra un aire ramplón. Si la mención de Salmacis y Troco, que aquí se convierte en un tronco de árbol, prueba que la versión que sigue no es la de los editores de Montemayor, en la que para nada se hablaba de ellos³⁷, la de la caja de ropa blanca que envía Jarifa al caudillo cristiano, detalle recogido por la *Diana*, pero no por el *Inventario*, demuestra a su vez que tampoco es la de Villegas, sino la perdida de Miguel Ferrer, la fragmentariamente conservada con el título de *Parte de la corónica* o alguna otra que no conocemos. Aunque, por lo general, todo está aquí abreviado, Timoneda amplifica la descripción del traje y las armas de Abindarráez, que por ello resultan en el romance más suntuosos que en la novelita. También se introducen nuevos pormenores en la escena del desposorio, ya que el moro y la mora cenan antes de consumir el matrimonio, después de hecho lo cual se duerme Jarifa, que se despierta pronto al notar el desasosiego de Abindarráez. Aunque las referencias a Narciso y a Venus no pasan a Timoneda, éste compara al moro con Héctor, sin duda porque el metro no le permite hacerlo con Aquiles. Es curioso que sólo sean doce los Abencerrajes que mata el rey. En conclusión podemos afirmar que esta inacabable serie de 904 octosílabos no con-

t. XIV, pág. 133, t. XXIII, págs. 160-161 y t. XXXIII, págs. 218-219, y G. CIROT, *La maurophilie littéraire en Espagne au XVI^e. siècle. Les romances sur l'Abencerraje*, en *Bulletin Hispanique*, 1941, págs 345-351.

³⁶ *Ob. cit.*, t. XIV, pág. 132, t. XXIII, pág. 161 y t. XXXIII, pág. 218.

³⁷ G. CIROT, *Art. cit.* en la nota 35, pág. 347.

serva ninguna de las cualidades que hacen de la novelita una obra maestra³⁸.

Razón tuvo Cirot³⁹ al decir que los tres romances que Lucas Rodríguez dedica a este tema⁴⁰ son mucho mejores. En cada uno de ellos trata un episodio de la novelita, alterando los hechos con el fin de superponer sentimientos que allí se suceden unos a los otros, lo que embellece sus composiciones, que de esta manera cobran vida propia, como sucede con el romance en que Jarifa le dice al moro, sentado a su lado junto a la fuente que ya conocemos, que no son hermanos y que el traslado de su padre habrá de separarles, con lo que la alegría de saber lo primero queda ensombrecida por la tristeza de lo segundo. Y para que aún sean más contradictorios los sentimientos del mancebo le anuncia que el rey, al llevar a su padre a Coín, le va a hacer a él alcaide de Cártama, lo que, si pensamos que al principio del romance se nos ha dicho que el Abencerraje tiene quince años, no es muy verosímil, pero permite que venga a pedirle albricias un paje, con lo que se corta esta escena, cuyo abrupto final nos recuerda el de muchos romances viejos, cuya técnica imita con desembarazo Lucas Rodríguez, quien, como vemos, tiene más de rapsoda que de mero versificador. El deseo de escribir romances que vivieran con independencia de la novelita le lleva a tomar como tema el eje de la misma, que es la prisión del moro por Narvárez, que podía interesar a los que no supieran otra cosa de ambos personajes, y a escribir dos romances, de ritmo muy vivo en la descripción del combate y que se distinguen por terminar el primero con la derrota de Abindarráez, mientras que en el segundo, que lo amplifica, el alcaide cristiano le permite ir a ver a Jarifa, y aun hay ocho versos que nos refieren cómo se vinieron los dos amantes y cómo el alcaide les dió libertad; breve exposición del desenlace que imita el final de aquellos romances

³⁸ Es el n.º 1094 del romancero de Durán.

³⁹ *Art. cit.* en la nota 35, pág. 349.

⁴⁰ Números 1089, 1090 y 1092 de Durán.

que, desgajados de una antigua gesta, fueron refundidos en beneficio de un auditorio que no conocía el poema de que originariamente formaron parte. En ambos romances se detiene mucho Lucas Rodríguez en la descripción del traje y armas del Abencerraje, lo que también hizo Timoneda, aunque reduciendo a 12 versos en el segundo lo que en el primero ocupa 24, como si temiera haberse excedido en lo que era ya característico de este género. La mención de los *rapacejos*, en lo que coincide con la *Diana*, pero no con Villegas, prueba que la versión de éste no fué la que para este pasaje tuvo a la vista. Los mejores versos son los que describen, en el más extenso de los dos romances, la noche en que los cristianos encuentran al moro:

La media noche sería,
la tierra en silencio estaba;
Narvéez sube a un otero,
de allí la luna miraba;
tan clara estaba y serena
que de vella se admiraba;
la noche parece día,
según el cielo mostraba.

También Pedro de Padilla concibió el propósito de poner en verso toda la novela, que compendia en cinco romances⁴¹ siguiendo el texto de los editores de Montemayor, del que reproduce el cantar del moro y tres de las sextinas que éste intercala en su relación. La materia está repartida muy desigualmente, ya que los cuatro primeros cuentan la prisión del moro y su historia, mientras que en el quinto, no más extenso, se nos refieren su libertad y encuentro con Jarifa, la venida de ambos a Álora y la intercesión del alcaide cristiano con el padre de ella, sin olvidar los regalos y cortesías de unos y de otros. Sólo por abreviar se aparta de su fuente, como cuando el galán suspira y se entristece a renglón seguido de

⁴¹ P. DE PADILLA, *Romancero*, Madrid 1583, fols. 117 r-129 r. Págs. 220-241 de la ed. de *Bibliófilos españoles*, Madrid, 1886.

que ella le diga quiere ser su esposa, pasándose por alto la consumación del matrimonio por los dos amantes. Aunque los versos en que nos describe la escena junto a la fuente son agradables, estos romances resultan secos y muy prosaicos si los comparamos con la prosa de la novelita; en ninguno de ellos hay esos rasgos de originalidad en el enfoque del asunto o en los detalles que pueden salvar al romance erudito, obra de artesanía más que obra de arte.

En la *Flor de nuevos y varios romances*, que fué publicada en 1591, pero cuyo privilegio es de 1582, hay uno, anónimo⁴², en el que se pinta la inquietud de Jarifa al ver que Abindarráez no llega a Coín, su temor de que hubiera sido atacado por los cristianos y su alegría al verle entrar con ricos atavíos. Luego se nos dice, en muy pocos versos, cómo al otro día se ponen los dos en manos del alcaide, que les da por libres sin aceptar nada, a pesar de la precaución que habían ellos tomado de llevar consigo con qué rescatarse. Romance cuyo final recuerda a los lectores lo que ya por entonces debía de estar en la memoria de todo el mundo y cuyos mejores versos son éstos que expresan el desasosiego de la hermosa mora:

Con estas y otras congojas
de llorar no descansaba;
y otras veces de tristeza
en su estrado se arrojaba;
y otras veces se ponía
de pechos en la ventana
y entre una y otra almena
el campo en torno miraba.
No le da miedo estar sola
ni las sombras la espantaban,
ni los nocturnos bramidos
que suenan en las montañas,
que lo más priva lo menos
y de lo más recelaba.

Un romance muy ramplón hay en *La enamorada Elísea*, de Jeró-

⁴² Es el n.º 1093 de Durán.

nimo de Cobarruvias Herrera, publicada en el año de 1594⁴³, que versifica de un modo muy torpe las primeras páginas de la novelita, hasta el vencimiento del Abencerraje. En él Álora se convierte en Alora, error fonético que pasó a Lope, y Narváez y el moro son comparados con Rugero y Bradamante. Es sin duda el peor de todos los romances que sobre esto se compusieron.

En la *Dorotea* de Lope, que fué impresa en 1632, se inserta otro romance⁴⁴, obra, se nos dice, de un caballero que está en Sevilla, sobre el cautiverio del Abencerraje, su relato al alcaide, muy abreviado, su libertad y bodas con Jarifa. Aunque no podemos asegurar que sea del mismo Lope, no nos cabe duda que es de su tiempo; hasta hallamos en él algunos ecos del romance de Góngora

Entre los sueltos caballos
de los vencidos cenetes...⁴⁵,

influido a su vez por los de Abindarráez y que andando los años sería glosado por Calderón⁴⁶. En el de la *Dorotea*, el moro, que, por cierto, cumple los veintidós años aquel mismo día, emplea los conceptos, hipérbolos y antítesis de que se valían los galanes de entonces para ponderar sus sentimientos, lo que lo convierte en un verdadero romance artístico y le hace ser, comparado con la novelita, muy ilustrativo de las diferencias que hay entre el estilo del Renacimiento, culto y cortesano, y el más alambicado estilo barroco. El resumir el desenlace en unos cuantos versos es un artificio que ya encontramos en Lucas Rodríguez y que, como hemos dicho, se remonta a los orígenes del romancero.

Doce años antes que la *Dorotea* había publicado Lope una comedia sobre este tema. *El remedio en la desdicha*⁴⁷, impreso en 1620,

⁴³ Fol. 245 v.

⁴⁴ N.º 1091 de Durán.

⁴⁵ Pág. 37 de la ed. de J. Millé y Giménez e Y. Millé y Giménez, Madrid, s. a.

⁴⁶ Jornada 1.ª de *El príncipe constante*.

⁴⁷ Sobre *El remedio en la desdicha* puede consultarse M. MENENDEZ Y PELAYO, *Ob. cit.*, t. XXXIII, págs. 211-216 (es el t. V de los *Estudios sobre el teatro de Lope de*

en la *Parte XII* de sus comedias, pero escrita, según nos dice la dedicatoria, en sus tiernos años, es sin duda la misma que con el título de *Abindarráez y Narváez* aparece en la lista de obras del año 1604. No hay motivos para creer que el cambio de título se debiera, como apunta Cirot⁴⁸, a que, como con la expulsión de los moriscos acaba la boga de lo que él llama nuestra morofilia, fuera preferible un título que no anunciara su contenido. *El remedio en la desdicha* es, como acicate de la curiosidad, un título mejor que el que, en vez de expolcarla, advertía que iba a verse lo ya conocido por la *Diana*⁴⁹. No es extraño que Lope, para quien la historia y la leyenda se confundían, aluda en su dedicatoria a la historicidad de los hechos⁵⁰, lo que sólo tiene en su abono a un escritor de tan poca crítica y tan tardío como Argote de Molina, quien los da como ciertos en su *Nobleza de Andalucía*, aparecida mucho después de publicada la novelita⁵¹, cuando ni Hernando del Pulgar, que menciona a Narváez en sus *Claros varones de Castilla*⁵², ni Ferrant Mexía, que blasonaba de ser su pariente⁵³, se los atribuyen ni los recuer-

Vega), y G. Cirot, *La maurophilie littéraire en Espagne. El remedio en la desdicha*, en *Bulletin Hispanique*, 1939, págs. 65-85. La mejor ed. es la contenida en el t. 39 de la colección *Clásicos castellanos*. Además de las obras que aquí estudiamos, existe sobre este asunto el poema en diez cantos del italiano FRANCISCO BALBI DE CORREGGIO, *Historia de los amores del valeroso moro Abinde Araez y de la hermosa Jarifa Aben Cerases*, impreso en Milán, en 1593, que no he visto nunca.

⁴⁸ *Art. cit.* en la nota 47, pág. 68.

⁴⁹ Por aquella época la *Diana* había tenido ya unas 20 ediciones interpoladas. A ellas se debe en muy buena parte la popularidad del *Abindarráez*, de la que da testimonio el que el 6 de mayo de 1579 Jusepe de las Cuevas se obligara mediante escritura con la villa de Madrid para *hazer una danza en que se represente la batalla de Rodrigo de Narváez con el moro Abindarráez* (V. C. PEREZ PASTOR, *Nuevos datos acerca del bistrionismo español*, Madrid, 1901, pág. 12, cit. por F. RODRÍGUEZ MARÍN, *Nueva edición crítica de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, 1947-1949, t. I, pág. 178). Tanto Lope como Cervantes, *Quijote*, I, 5, lo que recordaban era la *Diana*.

⁵⁰ Págs. 55-56 de la ed. de *Clásicos castellanos*.

⁵¹ En 1588. V. el fol. 296. Cit. por M. MENENDEZ Y PELAYO, *Ob. cit.* pág. 212.

⁵² Título XVII. Cit. por M. MENENDEZ Y PELAYO, loc. cit. en la nota anterior.

⁵³ *Nobiliario vero*, 1492. Cit. por M. MENENDEZ Y PELAYO, loc. cit. en la nota 51.

dan. Que nada de esto preocupaba a Lope se ve en que, lejos de subsanar los anacronismos de la novela, introduce uno nuevo al hacer de don Fernando el de Antequera el Rey por el cual es alcaide Narváez, es decir, el Rey de Castilla⁵⁴.

Ya dijo Mérimée que los españoles del XVI se interesaban más por el alcaide que por los amantes⁵⁵, lo que, según él, habría llevado a Lope a hacer de aquél el eje de su obra. La causa de esto no es, como creyó Mérimée, el que sus cualidades fueran, para nuestros mayores, más atractivas que la gallardía o ternura del moro, sino el que, como hemos dicho, nuestro interés se proyecta hacia lo psicológico, en este caso hacia los dos amantes, mientras que el de ellos era atraído por la novedad de los lances, punto de vista desde el cual la figura del alcaide domina a las otras, ya que el haber dejado a Abindarráez ir a ver a Jarifa es lo que hizo posible el que ambos cogieran el dulce fruto de sus amores y el que ella luego se viniera con él. Fuera de esto es muy probable que, como apunta García Figueras, Lope se sintiese atraído por Narváez, héroe muy a propósito para ser celebrado por nuestro gran poeta nacional⁵⁶.

Hemos dicho que el episodio que sólo aparece en Villegas tiene como fin poner de relieve la lealtad y nobleza del alcaide. Como también Lope lo procura, no ha de extrañarnos que este episodio, recordado confusamente por quien confiesa seguir la *Diana*⁵⁷, pero también había leído a Villegas, se desarrolla, muy alterado, hasta convertirse en una acción paralela a la de los amores de Jarifa y el Abencerraje, que por no tener relación con ellos deja en el centro de ambas a Narváez. La relación entre el episodio de Villegas y esta acción, secundaria para el que hubiera leído la

⁵⁴ Págs. 112, 122, 128 y 134 de la ed. de *Clásicos castellanos*, Madrid, 1946.

⁵⁵ V. H. MÉRIMÉE, *Art. cit.* en la nota 8, pág. 173. Cit. por G. CIROT en el art. cit. en la nota 21, pág. 287.

⁵⁶ T. GARCÍA FIGUERAS, *Lo africano en las comedias de Lope de Vega*, en *Africa*, 1935, págs. 173-177 y 184-189.

⁵⁷ Pág. 53 de la ed. cit.

novelita, pero no tan secundaria para el que sólo viera la comedia, es evidente, ya que en una y otra el alcaide, requerido por una mujer a quien él recuestaba, la respeta por no deshonorar al marido, al que de pronto se ve ligado. Sólo que, mientras en la novelita es una dama cristiana la que quiere rendírsele, según le dice, por haber oído a su marido ponderarle mucho, en la comedia es una mora, de cuyo marido, que había cautivado, se sirve Narváez para escribirle una carta en árabe, y a quien liberta al oírle decir que rabia de celos, por lo que luego, enterado de quién es, no quiere ofenderle, para que nadie diga que quita la honra a quien había dado la libertad. La historia, sin embargo, no termina aquí con la victoria del caudillo cristiano sobre sus pasiones, sino que sigue al venir el marido, enterado de todo, a desafiarle, a pesar de lo cual Narváez le perdona y se esfuerza por disipar sus sospechas, y al ir luego éste en secreto a Cártama, informado por una carta de la mora de que él la maltrata, y traerse a los dos a tierra cristiana, donde hace que el marido la repudie y le ceda parte de sus bienes, y que ella se convierta, sin que se nos diga, aunque lo sospechamos, que acaba por tomarla como manceba. Detalle curioso es el de las camisas, que la mora de Cártama manda a Narváez, como hace Jarifa al fin de la versión de la *Diana* y de esta comedia, manchada una de ellas por la sangre que vierte por las heridas que le hizo el marido⁵⁸.

A los personajes de la novelita les da el autor más complejidad de la que tenían. Así no es sólo Abindarráez el que aquí se lamenta de que Jarifa sea hermana suya, sino que también ella lo hace y con un patetismo incompatible con la ingenuidad. Angustia de los amantes que se creen hermanos que desde el principio les sitúa en un clima muy distinto del de la novela y que sólo se disipa, al lograr el mancebo que Alborán le revele que no son hermanos, para dar lugar al dolor de la separación. Por el contrario no es aquí Jarifa la que, con más inocencia que desenvoltura, propone al moio

⁵⁸ Pág. 148 de la ed. cit.

un matrimonio clandestino, sino que es éste quien, temiendo que su padre no acceda a casarlos, se lo pide a Jarifa⁵⁹, para verse obligados, como en la *Diana*, a diferirlo al irse ella a Coín. No olvidando Lope la importancia que en los romances había tomado la ropa del moro, le hace describir todas las prendas que va a ponerse para ir a verla⁶⁰. Llegado a Coín, los criados de Jarifa celebran las bodas, sin que ella le incite, al saber su prisión, a enviar su rescate en lugar de volver, sino que desde el principio le aconseja que vuelva y resuelve ir con él⁶¹. Se trata por tanto de una Jarifa espiritualmente más compleja que la adolescente de la novelita. También lo es Narváez. A pesar de que Lope multiplica y exagera sus rasgos de generosidad, ésta no es más que una faceta de su carácter; la otra es su amor por la mora, que, lejos de extinguirse al ser violentado, le hace volar en su socorro y acabar quitándosela al marido, como el mismo Lope habría hecho. El padre de Jarifa no se ve aquí obligado a perdonarles por intercesión del Rey de Granada, sino que, al volver a Coín y no hallar a su hija, se va a Álora a tomar venganza y es aplacado por el alcaide⁶², solución más teatral, pero menos artística que la que hallamos en la novelita. En lo que se refiere a ambiente morisco, aunque Lope pone con frecuencia en boca de sus personajes el nombre de Alá⁶³, no da la impresión de conocer a los moros mejor que el autor anónimo y hasta equivoca la acentuación de los toponímicos al convertir a Álora en Alora y en Cartama a Cártama, lo que demuestra que ni siquiera conocía la comarca que sirve a esta historia de marco geográfico. Como al mismo tiempo también multiplica las citas y recuerdos clásicos⁶⁴ la falta de contacto

⁵⁹ Págs. 88-90 de la ed. cit.

⁶⁰ Págs. 117-119 de la ed. cit.

⁶¹ Págs. 162-163 de la ed. cit.

⁶² Págs. 173-174 de la ed. cit.

⁶³ V. págs. 73, 92, 132, 137, 145 y 167 de la ed. cit.

⁶⁴ Dafnis, Amaltea, Escipión, Darío, Alejandro, Marte, Héctor, Adonis, Liríope, Apolo, Calíope y César son mencionados en esta comedia.

con la realidad es todavía mayor en la comedia que en la novelita.

En su estilo se nota un violento contraste entre los trozos de novelita que con extraña fidelidad versifica Lope⁶⁵ y lo que él por su cuenta ha bordado sobre el cañamazo del original. Mientras en los primeros puede percibirse la sencillez, un tanto artificiosa, que domina en aquélla, lo segundo tiene con frecuencia el tono alambicado con que los galanes del XVII expresan sus afectos. Ya el paralelismo de la escena inicial, en que los dos amantes se lamentan, en estrofas alternas, de ser hermanos, sin verse uno al otro, y, al encontrarse, se van devolviendo los mismos requiebros, tiene un marcado carácter barroco. Ni siquiera falta un soliloquio de Abindarráez en octavas esdrújulas⁶⁶. El recuerdo de los romances eruditos de que hemos hablado llevó a Lope a intercalar dos en su comedia, ambos puestos en boca del moro: el primero es su historia, contada a Narváez, que por haberla querido Lope abreviar mucho nos resulta oscura y en algunos momentos hasta incongruente⁶⁷; el segundo es el relato que hace a Jarifa de lo que le sucedió al venir a Coín⁶⁸. Aunque Menéndez y Pelayo los califica de *bellos romances*⁶⁹, la verdad es que ninguno vale lo que las décimas de Abindarráez sobre la esperanza⁷⁰, que son, como poesía, lo mejor de la obra.

En conclusión, podemos afirmar que *El remedio en la desdicha* es una obra muy bien construída, centrada en el alcaide por la acción paralela a la de los amores del moro y la mora. Las modificaciones que introduce Lope en los personajes les dan a éstos más complejidad y por tanto le dan más dramatismo a toda la comedia. Aunque se atan aquí algunos cabos sueltos, como al decírsenos quién revela su origen al Abencerraje⁷¹, su autor no se preocupa

⁶⁵ V. las notas a las págs. 68-69 de la ed. cit.

⁶⁶ Págs. 141-142 de la ed. cit.

⁶⁷ Págs. 135-139 de la ed. cit., con sus notas.

⁶⁸ Págs. 159-162 de la ed. cit.

⁶⁹ *Ob. cit.*, t. XXXIII, pág. 226.

⁷⁰ Págs. 113-115 de la ed. cit.

⁷¹ Págs. 73-75 de la ed. cit.

más que lo había hecho el de la novelita por la exactitud histórica ni por lo que hoy llamaríamos el color local. Su estilo es limpio, si prescindimos de los esdrújulos, tierno y gallardo, y como hizo notar Menéndez y Pelayo, está más influído por la gala y pompa de los romances moriscos que por la sobriedad de los de frontera⁷². Si no fuera por la estimación que nos merece *El príncipe constante* creeríamos, como el maestro santanderino, que ésta es la mejor comedia de moros y cristianos de nuestro teatro, del mismo modo que el *Abencerraje* es nuestra mejor novela morisca⁷³.

Hemos visto cómo el tema del Abencerraje aparece primero en la novelita que nos ha llegado en dos versiones completas y una fragmentaria, luego en varios romances, eruditos unos y artísticos otros, y finalmente en una comedia de Lope de Vega. Su popularidad no podría explicarse sin una buena dosis de lo que Cirot ha calificado de morofilia. El que, por influjo del platonismo renacentista, pudieran los españoles del XVI idealizar a sus enemigos del siglo anterior y poner de relieve su nobleza y su temple de ánimo, dice mucho a favor de nuestro respeto por los valores espirituales, cualquiera que sea el sujeto donde se asienten. Como ésta también fué nuestra actitud ante los indios americanos, cuya virtuosa inocencia exaltaría Las Casas y cuyo coraje cantaría Ercilla y es la actitud de nuestros dramaturgos ante los villanos que defienden su honor, creo que puede afirmarse que este respeto es característico de nuestro pueblo y una de las lecciones más hondas y fecundas que puede darnos la literatura española.

ENRIQUE MORENO BÁEZ

Universidad de Santiago.

⁷² *Ob. cit.*, t. XXXIII, pág. 225.

⁷³ *Ob. cit.*, t. XXXIII, pág. 226